

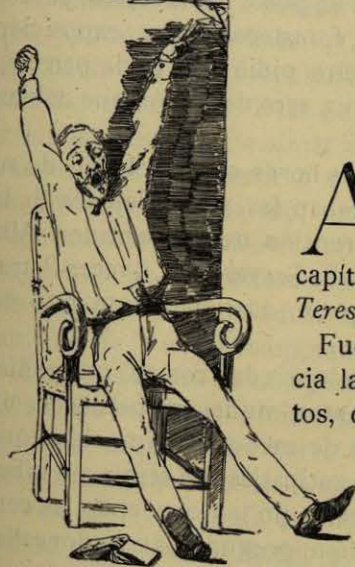


XXI

ANA leyó en su lecho, á escondidas de don Víctor, los cuarenta capítulos de la *Vida de Santa Teresa escrita por ella misma*.

Fué en aquella convalecencia larga, llena de sobresaltos, de pasmos y crisis nerviosas. Don Víctor, á quien los remordimientos, durante la recaída de su mujer, habían he-

cho jurar que hasta verla salva, sana, jamás se apartaría de ella, faltó al juramento en cuanto la creyó fuera de peligro. Un día se aventuró á dar una vuelta por el Casino; después iba á ver los periódicos; más adelante jugaba una partida de ajedrez, y «ya se sabe lo pesado que es este juego.» Al fin, sin



dar pretexto alguno, estaba fuera toda la tarde. La casa se le caía encima. «Empezaba el calor—porque don Víctor, en cuestión de temperatura, se regía por el calendario—y ya se sabía que él no podía trabajar en su despacho en cuanto el sudor le molestaba; necesitaba el aire libre; mucho paseo, mucha naturaleza.»

La Marquesa, Visitación, Obdulia, doña Petronila y otras amigas que habían hecho compañía á la Regenta mientras duró el mal tiempo, ahora la visitaban cada dos ó tres días y las visitas eran breves. Hacía un sol hermoso, días azules, sin una nube en el cielo; había que aprovechar el buen tiempo; era la época del año en que Vetusta se anima un poco: había teatro, paseos concurridos, con música, forasteros... una exposición de minerales.—Hasta Petra pidió una tarde permiso á la señora para ir á ver un arco de carbón que habían construído...

Ana pasaba horas y más horas en la soledad de su caserón; á su lecho llegaban los ruidos lejanos de la calle apagados, como aprensión de los sentidos. Allá abajo, en la cocina, quedaba Servanda, y á veces Petra. Anselmo silbaba en el patio, acariciando un gato de Angola, su único amigo.

La Regenta sentía más la soledad con tal compañía; aquellos criados indiferentes, mudos, respetuosos, sin cariño, le hacían echar de menos la humanidad que compadece. Petra le era antipática. La temía sin saber por qué. Para tranquilizarse un tanto, cuando las congojas nerviosas la invadían, preguntaba á la doncella:

—¿Anda don Tomás por la huerta?

Si Frigilis estaba en el Parque, sentía un amparo cerca de sí. Se calmaba. Crespo subía una vez cada tarde á verla; pero no se sentaba casi nunca. Estaba cinco minutos en el gabinete, paseando del balcón á la puerta, y se despedía con un gruñido cariñoso.

Ana, á quien tanto molestaba aquel abandono en los

momentos de debilidad en que los nervios exaltados la mortificaban con tristeza y desconsuelo, cuando estaba serena, sobre todo después de dormir algunas horas ó de tomar alimento con gusto, llegaba á sentir un placer sutil, casi voluptuoso en aquella soledad. El balcón del gabinete daba al Parque; incorporándose en el lecho, veía detrás de los cristales las copas de algunos árboles que brillaban con la hoja nueva, rumorosa, tersa y fresca. Gorjeos de pájaros y rayos de un sol vivo, fuerte y alegre la hablaban de la vida de fuera, de la naturaleza que resucitaba, con esperanzas de salud y alegría para todos.

«Ella también iba á renacer, iba á resucitar, ¡pero á qué mundo tan diferente! ¡Cuán otra iba á ser de la que había sido! Se preparaba á sí misma una vida de sacrificios, pero sin intermitencias de malos pensamientos y de rebelión sorda y rencorosa, una vida de buenas obras, de amor á todas las criaturas, y por consiguiente á su marido, amor en Dios y por Dios.» Pero entre tanto, mientras no podía moverse de aquella prisión de sus dolores, el alma volaba siguiendo desde lejos al espíritu sutil, sencillo, á pesar de tanta sutileza, de la santa enamorada de Cristo.

Ana vivía ahora de una pasión; tenía un ídolo y era feliz entre sobresaltos nerviosos, punzadas de la carne enferma, miserias del barro humano de que, por su desgracia, estaba hecha. Á veces leyendo se mareaba; no veía las letras, tenía que cerrar los ojos, inclinar la cabeza sobre las almohadas y *dejarse desvanecer*. Pero recobraba el sentido, y á riesgo de nuevo pasmo volvía á la lectura, á devorar aquellas páginas por las cuales en otro tiempo su espíritu distraído, creyéndose, vanamente, religioso, había pasado sin ver lo que allí estaba, con hastio, pensando que las visiones de una mística del siglo diez y seis no podían edificar su alma aprensiva, delicada, triste.

La debilidad había aguzado y exaltado sus facultades; Ana penetraba con la razón y con el sentimiento en los más recónditos pliegues del alma mística que hablaba en aquel papel áspero, de un blanco sucio, de letra borrosa y apelmazada. Pasmábase de que el mundo entero no estuviese convertido, de que toda la humanidad no cantara sin cesar las alabanzas de la santa de Ávila. «Oh, bien decía aquel bendito, dulce, triste y tierno fray Luis de León: la mano de santa Teresa, al escribir, era guiada por el Espíritu Santo, y por eso enciende el corazón de quien la saborea.

«Sí, bien encendido tenía el suyo Ana; no más, no más ídolos en la tierra. Amar á Dios, á Dios por conducto de la santa, de la adorada heroína de tantas hazañas del espíritu, de tantas victorias sobre la carne.»

Pensando en ella sentía á veces punzante deseo de haber vivido en tiempo de Santa Teresa; ó sino: ¡qué placer celestial si ella viviese ahora! Ana la hubiera buscado en el último rincón del mundo; antes la hubiera escrito derritiéndose de amor y admiración en la carta que le dirigiese. No estaba la Regenta acostumbrada á convertir sus arrebatos religiosos en oraciones mentales, según los prudentes consejos del Magistral; su educación pagana, dislocada, confusa, daba extrañas formas á la piedad sincera, asomaba con todos sus resabios de incoherencia y ligereza después de tantos años.

Deseaba encontrar semejanzas, aunque fuesen remotas, entre la vida de Santa Teresa y la suya, aplicar á las circunstancias en que ella se veía los pensamientos que la mística dedicaba á las vicisitudes de su historia.

El espíritu de imitación se apoderaba de la lectora, sin darse ella cuenta de tamaño atrevimiento.

La Santa había encontrado refuerzo de piedad en el *Tercer Abecedario* por Fr. Francisco de Osuna, y Ana

mandó á Petra á las librerías á buscar aquel libro. No pareció el *Tercer Abecedario*, el Magistral no lo tenía tampoco. Pero mejor era su suerte en lo tocante al confesor. Veinte años lo había buscado Teresa de Jesús como convenía que fuera, y no parecía. Ana recordaba entonces á su Magistral y lloraba enternecida. «¡Qué grande hombre era y cuánto le debía! ¿Quién sino él había sembrado aquella piedad en su alma?»

En cuanto pudo levantarse, uno de sus primeros cuidados fué escribir á don Fermín una carta con que había soñado ella muchas noches, que era uno de sus caprichos de convaleciente. La escribió sin que lo supiera Quintanar, que le tenía prohibidos *toda clase de quebraderos de cabeza*.

De Pas visitaba á menudo á la Regenta, y estaba encantado de los progresos que la piedad más pura hacía en aquel espíritu. Pero ella quería escribirle; de palabra no se atrevía á decir ciertas cosas íntimas, profundas; además no podía decirlas; y sobre todo, la retórica, que era indispensable emplear, porque á ideas grandes, grandes palabras, le parecía amanerada, falsa en la conversación, de silla á silla.

La carta, de tres pliegos, la llevó Petra á casa del Provisor; la recibió Teresina sonriente, más pálida y más delgada que meses atrás, pero más contenta. El Magistral se encerró en su despacho para leer. Cuando su madre le llamó á comer, don Fermín se presentó con los ojos relucientes y las mejillas como brasas. Doña Paula miraba á su hijo y á Teresina alternativamente, encogía los hombros cuando no la veían ni la doncella, que iba y venía con platos y fuentes, ni su hijo que miraba al mantel distraído, comiendo por máquina, y muy poco. Teresina era ya toda del señorito; nada decía al ama de las cartas que á don Fermín entregaba. Las traía Petra que llamaba á la puerta con seña particular, bajaba Teresa, en silencio se besaban

como las señoritas, en ambas mejillas, cuchicheaban, reían sin ruido y se daban algún pellizco. Petra reconocía cierta superioridad en la otra, la adulaba, alababa la mata de pelo negro, los ojos de Dolorosa, el cutis y demás prendas envidiables de su amiga. Teresina prometía futuras ventajas á Petra, y se despedían con más besos.

—¿Quién ha estado ahí?— preguntaba doña Paula.

Era un pobre ó uno del pueblo. — Nunca se decía la verdad. Doña Paula no sospechaba nada contra la lealtad de la doncella.

Registrándole el baúl, en su ausencia, había encontrado varias alhajas que bien valdrían dos mil reales. Había sonreído entre satisfecha y envidiosa. «Dos mil reales valdría aquello... sí... era demasiado... era un escándalo. Si el decoro lo permitiese... si no fuese por vergüenza... exigiría que se le dejase á ella recompensar á las

gentes como merecían, sin despilfarros ociosos. El descubrimiento la satisfacía; aquello era obra suya al fin y al cabo, pero los dos mil reales le dolían: también eran suyos.»

Al día siguiente de recibir la carta, muy temprano, el Magistral salió de casa, fué al Paseo Grande, buscó un lugar retirado en los jardines que lo rodean; y sin más compañía que los pájaros locos de alegría, y las flores que hacían su tocado lavándose con rocío, vol-



vió á leer aquellos pliegos en que Ana le mandaba el corazón desleído en retórica mística. Ya casi sabía de memoria algunos párrafos de los que le parecían más interesantes y para él más halagüenos; y como la alegría le inundaba el corazón, se sentía hecho un chiquillo aquella mañana sonrosada de un día de fines de Mayo, nublado, fresco, antes de que el sol rasgara el todo blanquecino con tonos de rosa que cubría la lontananza por Oriente.

Se puso de pié el Magistral, miró á todos lados por encima del seto de boj que rodeaba su escondite, y al verse solo, solo de seguro, se le ocurrió mezclar á la cháchara insustancial y armoniosa de los pájaros que saltaban de rama en rama sobre su cabeza, su voz más dulce y melódica, recitando aquellas palabras de espiritual hermosura que la Regenta le había escrito.

«Ya tengo el dón de lágrimas, leyó el Magistral en voz alta como diciéndoselo á jilgueros y gorriones, petirojos y demás vecinos de la enramada, ya lloro, amigo mío, por algo más que mis penas; lloro de amor, llena el alma de la presencia del Señor á quien usted y la santa querida me enseñaron á conocer. No tema que vuelva la pereza á detenerme en casa olvidada de mi salvación; ya sé que la tibieza es muerte, leído tengo lo que dice nuestra querida Madre y Maestra hablando de sus pecados: «no hacía caso de los veniales y esto fué lo que me destruyó.» Yo ni de los mortales hice caso, y aunque Vd. me advertía del peligro, seguí mucho tiempo ciega; pero Dios me mandó á tiempo (creo yo que era tiempo; ¿verdad, hermano mío?) me mandó á tiempo el mal; ví en las pesadillas de la fiebre el Infierno, y vílo como nuestra Santa en agujero angustioso, donde mi cuerpo estrujado padecía tormentos que no se pueden describir; y á mí además, por la carne aterida y erizada me pasaban llagas asquerosas unos fantasmas que eran dia-

blos vestidos por irrisión, de clérigos, con casullas y capas pluviales. En fin, de esto ya le hablé. Pero no sólo del terror nació mi piedad, que ahora creo que va de veras, sino también de amor de Dios, y de un deseo vehemente de seguir á millones de millones de leguas á mi modelo inmortal. Y para decirlo todo, sepa que en mucho, en mucho, debo al afán de no ser ingrata esta voluntad firme de hacerme buena. Santa Teresa vivió muchos años sin encontrar quien pudiera guiarla como ella quería; yo, más débil, recibí más pronto amparo de Dios por mano de quien quisiera llamar mi padre y prefiere que no le llame sino hermano mío; sí, hermano mío, hermano muy querido, me complazco en llamárselo, aquí, ahora, segura del secreto, sin oídos profanos que entenderían las palabras con la impureza ruín que ellos llevarán dentro de sí; feliz yo mil veces que á la primera ocasión en que tuve idea de ser buena, hallé quien me ayudara á serlo. ¡Y cuánto tiempo tardé en entenderle del todo! Pero mi hermano, mi hermano mayor querido me perdona ¿verdad? Y si necesita pruebas, si quiere que sufra penitencias, hable, mande, verá cómo obedezco. Mas no extraño haber querido tanto tiempo lo que la Santa declara haber querido también «concertar vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales.» Ahora esto se acabó. Vd. dirá por dónde hemos de ir; yo iré ciega. De la confianza cariñosa de que me hablaba el otro día, al salir yo de aquel paroxismo, estoy también enamorada, quiero también que sea como lo dijo mi hermano. Y hasta en eso seguiremos, además de esos monjes alemanes ó suecos de que Vd. me habló, á la misma Teresa de Jesús que, como Vd. sabe, con buenas palabras y creo yo que hasta bromas alegres que tenía, con purísima intención, con un clérigo amigo suyo, consiguió apartarle del pecado. Recuerdo lo que dice: aquel confesor le tenía gran afición, pero

estaba perdido por culpa de unos amores sacrílegos; hábale hechizado una mujer con malas artes, con un idolillo puesto al cuello, y no cesó el mal hasta que la Santa, por la gran afición que su confesor le tenía, logró que él le entregase el hechizo, aquel ídolo que era prenda del amor infame; y Vd. sabe que ella lo arrojó al río y el clérigo dejó su pecado y murió después libre de tan gran delito. Amistades así ayudan en la vida, que sin ellas es como un desierto, y los que de ellas pudieran sospechar son los malvados, que no han de saberlas, porque son incapaces de entender como se debe cosa tan buena y que tanto sirve para la salvación de los débiles. Aquí el débil no es el confesor, sino la penitente; Vd. no tiene hechizos colgados del cuello, ni tenemos ídolos que echar al río... yo soy la pecadora, aunque ningún hombre me hizo el mal que aquella mujer al clérigo hechizado; sólo quise á mi marido, y de éste ya sabe Vd. de qué modo estoy enamorada; no con pasión que quite á Dios cosa suya, sino con el suave afecto y los tiernos cuidados que se le deben. En esto he mejorado mucho; porque fray Luís de León me enseñó en su *Perfecta casada* que en cada estado la obligación es diferente; en el mío mi esposo merecía más de lo que yo le daba, pero advertida por el sabio poeta y por Vd., ya voy poniendo más esmero en cuidar á mi Quintanar y en quererle como Vd. sabe que puedo. Y por cierto que he de poner por obra un proyecto que tengo, que es convertirle poco á poco y hacerle leer libros santos en vez de patrañas de comedias. Algo he de conseguir, que él es dócil y Vd. me ayudará. También en esto imitaré á nuestra Doctora, que puso empeño en traer á mayor piedad á su buen padre, que ya tenía mucha...

Estos últimos párrafos ya no los leía el Magistral en voz alta, sino que había vuelto á sentarse y leía sin ruido y para dentro. Aunque algunos celos tenía

de Santa Teresa, de la que veía enamorada á su amiga, estaba satisfecho, y el gozo le saltaba por ojos, mejillas y labios. «Aquello era vivir; lo demás era vegetar. Ana era, al fin, todo aquello que él había soñado, lo que una voz secreta le había dicho el día en que ella se había acercado por primera vez á su confesionario.» Seguía el Magistral ocultándose á sí mismo las ramificaciones carnales que pudiera tener aquella pasión ideal que ya se confesaban los dos *hermanos*; no quería pensar en esto, no quería sustos de conciencia ni peligros de otro género, no quería más que gozar aquella dicha que se le entraba por el alma.

Al leer lo de «hermano mayor querido,» le daba el corazón unos brincos que causaban delicia mortal, un placer doloroso que era la emoción más fuerte de su vida; pues bueno, esto bastaba, esto era el hecho, la realidad; ¿qué falta hacía darle un nombre? Lo que importaba era la cosa, no el nombre. Además, acabase aquello como acabase, él estaba seguro de que nada tenía que ver lo que él sentía por Ana con la vulgar satisfacción de apetitos que á él no le atormentaban. Cuando pensaba así, oyó el Magistral á su espalda, detrás del árbol en que se apoyaba, al otro lado del seto, una voz de niño que recitaba con canturía de escuela «*Veritas in re est res ipsa, veritas in intellectu...*» Era un seminarista de primer año de filosofía que repasaba la primera lección de la obra de texto, Balmes. El Magistral se alejó sin ser visto, pensando entonces en los años en que él también aprendía que «la verdad en la cosa es la cosa misma.» Ahora le importaba muy poco la cosa misma, y la verdad y todo... no quería más que hundir el alma en aquella pasión innominada que le hacía olvidar el mundo entero, su ambición de clérigo, las trampas sórdidas de su madre de que él era ejecutor, las calumnias, las cábalas de los enemigos, los recuerdos vergonzosos, todo, todo, menos

aquel lazo de dos almas, aquella intimidad con Ana Ozores. ¡Cuántos años habían vivido cerca uno de otro sin conocerse, sin sospechar lo que les guardaba el destino! Sí, el destino, pensaba el Magistral, no quería decirse á sí mismo la Providencia; nada de teología, nada de quebraderos de cabeza que habían hecho de su adolescencia y primera juventud un desierto estéril por donde sólo pasaban fantasmas, aprensiones de loco, figuras apocalípticas. Bastaba para siempre de todo aquello. Ni aquello ni lo que había seguido: la ceguera de los sentidos, la brutalidad de las pasiones bajas, subrepticamente satisfechas hasta el hartazgo; esto era vergonzoso, más que por nada por el secreto, por la hipocresía, por la sombra en que había ido envuelto; ahora, sin aprensión, sin escrúpulos, sin tormentos del cerebro, la dicha presente; aquella que gozaba en una mañana de Mayo cerca de Junio, contento de vivir, amigo del campo, de los pájaros, con deseos de beber rocío, de oler las rosas que formaban guirnalda en las enramadas, de abrir los capullos turgentes y morder los estambres ocultos y encogidos en su cuna de pétalos. El Magistral arrancó un botón de rosa, con miedo de ser visto; sintió placer de niño con el contacto fresco del rocío que cubría aquel huevecillo de rosal; como no olía á nada más que á juventud y frescura, los sentidos no aplacaban sus deseos, que eran ansias de morder, de gozar con el gusto, de escudriñar misterios naturales debajo de aquellas capas de raso... El Magistral, perdiéndose por senderos cubiertos por los árboles, bajaba hacia Vetusta cantando entre dientes, y tiraba al alto el capullo que volvía á caer en su mano, dejando en cada salto una hoja por el aire; cuando el botón ya no tuvo más que las arrugadas é informes de dentro, don Fermín se lo metió en la boca y mordió con apetito extraño, con una voluptuosidad refinada de que él no se daba cuenta.

Llegó á la catedral. Entró en el coro. El Palomo barría. Don Fermín le habló con caricias en la voz. Le debía muchos desagrazios. ¡Cuántos sofiones inútiles había sufrido el pobre perrero! Ahora le halagaba, alababa su celo, su amor á la catedral; el Palomo, pasmado y agradecido, se deshacía en cumplidos y buenas palabras. De Pas se acercó al facistol, hojeó los libros grandes del rezo y hasta solfeó un poco en voz baja, leyendo la música señalada con notas cuadradas, de un centímetro por lado. Todo estaba bien. Los órganos allá arriba extendían su lengüetería en rayas verticales y horizontales, deslumbrantes; parecían dos soles cara á cara. Ángeles dorados tocaban el violín cerca de la bóveda, á la que trepaban los relieves platerescos de los órganos; detrás del coro, en lo alto de las naves laterales, las ventanas y rosetones dejaban pasar la luz deshaciéndola en rojo, azul, verde y amarillo.

En un lado san Cristóbal sonreía con boca encarnada de una cuarta, partida por un plomo, al Niño de la Bola, que mantenía un mundo verde sobre su mano amarilla. En frente vió el Magistral el pesebre de Belén cuadrículado también por rayas opacas. Jesús sonreía á la mula y al buey en su cuna de heno color naranja. Don Fermín miraba todo aquello como por la primera vez de su vida. Hacía un fresco agradable en la iglesia, y el olor de humedad mezclado con el de la cera le parecía fino, misteriosamente simbólico y á su modo voluptuoso. Aquella mañana cumplió en el coro como el mejor, y sintió no ser hebdomadario para lucirse. Gloucester, al verle tan alegre y decidor, amable con amigos y enemigos ocultos se dijo: «¡Disimula! Pues á disimulo no me ha de ganar este simoníaco!» Y se deshizo en amabilidad, cortesía y bromas lisonjeras. «Bueno era él.»

—¿Ha visto Vd.—decía al salir de la catedral don Custodio—qué satisfecho está el Provisor?

Y contestaba Gloucester, al oído del beneficiado:

—Es que ya no tiene vergüenza; se ha puesto el mundo por montera.

—Debe de haber pasado algo gordo...

—¿Á qué crimen alude Vd.?

—Al de adulterio.

—Ps... yo creo que... todavía están algo verdes. Sin embargo, por él no quedará, y el crimen es el mismo...

Á Gloucester le disgustaba figurarse al Magistral vencedor de la Regenta. Era caso de envidia. Pero convenía suponerlo, para cargar el delito á la cuenta de los muchos que atribuían al enemigo.

Don Fermín, á las once, recordó que era día de conferencia en la Santa Obra del Catecismo de las Niñas. Él era el director de aquella institución docente y piadosa, que celebraba sus sesiones en el crucero de la Iglesia de Santa María la Blanca. Sentía el humor más á propósito para el caso. Con mucho gusto entró en aquel templo risueño, alegre, con sus adornos flamígeros de piedra blanca esponjosa. En medio del recinto se levantaba una plataforma de tabla de pino, de quita y pon; sobre ella á un lado había tres filas de bancos sin respaldo, y enfrente de ellos una mesa cubierta de damasco viejo, manchado de cera, presidida por un sillón de pana roja y varios taburetes de igual paño. El sillón era para el Magistral, los taburetes para los capellanes catequistas, y en los bancos se sentaban las niñas de siete á catorce años que aprendían la doctrina cristiana, más algo de liturgia, historia sagrada y cánticos religiosos.

Cuando De Pas entró en el templo hubo un murmullo en los bancos de la plataforma, semejante al rumor de una ráfaga que rueda sobre las copas de los árboles.

Tomó el amado director agua bendita, y después de

santiguarse, subió, radiante de alegría evangélica, las gradas de la plataforma; se frotó las manos y á una niña de ocho años que encontró de pié al paso, la sujetó suavemente; y mientras él miraba á la bóveda y mordía el labio inferior, oprimía contra su cuerpo la cabeza rubia, y entre los dedos de la mano estrujaba, sin lastimarla, una oreja rosada.

—¿Qué pájaro me habrá dicho á mí que doña Rufinita no quiere ser buena, y enreda en la iglesia y descompone el coro cuando canta?

Carcajada general. Las niñas ríen de todo corazón y el templo retumba devolviendo el eco de la alegría desde la bóveda blanca, llena de luz que penetra por ventanas anchas de cristales comunes.

Todo lo que dice allí el Magistral se ríe; es un chiste. Niños y clérigos están como en su casa. Los pocos fieles esparcidos por la iglesia son beatas que rezan con devoción; no se piensa en ellas. Á veces son espectadores de aquella algazara algunos adolescentes y pollos con cascarón que tienen en los bancos de la plataforma sus amores. Los catequistas, jóvenes todos, no ven con buenos ojos á tales señoritos que vienen con propósitos profanos.

El Magistral no se sentó en el sillón de la presidencia. Prefería pasear por el tablado, haciendo eses, inclinando el cuerpo con ondulaciones de palmera, acercándose de vez en cuando á los bancos llenos de alegría para azotar una mejilla con suave palmada, ó decir al oído de un angelito con faldas un secreto que excita la curiosidad de todas y origina siempre una broma de las que sabe preparar don Fermín de modo que acaben en lección moral ó religiosa. También los catequistas alegres, graciosos, vivarachos, van y vienen, reprenden á las educandas con palabras de miel y sonrisas paternas, y se meten entre banco y banco mezclando lo negro de sus manteos redundantes con

las faldas cortas de colores vivos, y el blanco de nieve de las medias que ciñen pantorrillas de mujer á las que el traje largo no dió todavía patente de tales. En la primera fila se mueven, siempre inquietas, sobre la dura tabla, las niñas de ocho á diez años, anafroditas las más, hombrunas casi en gestos, líneas y contornos, algunas rodeadas de precoces turgencias, que sin disimulo deja ver su traje de inocentes; algo avergonzadas, sin conciencia clara de ello, de su desarrollo temprano. Mirando estos capullos de mujer, don Fermín recordaba el botón de rosa que acababa de mascar, del que un fragmento arrugado se le asomaba á los labios todavía. En las siguientes filas estaban las educandas de doce y trece primaveras, presumidillas, entonadas; y detrás de éstas las señoritas que frisaban con los quince, flor y nata de la hermosura vetustense algunas de ellas, casi todas iniciadas en los misterios legendarios del amor de devaneo, muchas próximas á la transformación natural que revela el sexo, y dos ó tres, pequeñas, pálidas y recias, mujeres ya, disfrazadas de niñas, con ojos pensadores cargados de malicia disimulada. Cuando comenzaban las lecciones y los ensayos de coro, las niñas se levantaban, se repartían en secciones por el tablado, formaban círculos, los deshacían, como bailarinas de ópera; y los catequistas dirigiendo aquellos remolinos ordenados, aspiraban, entre tanta juventud verde, aromas espirituales de voluptuosidad quinti-esenciada con cierta dentera moral que les encendía las mejillas y los ojos, y causaba en su naturaleza robusta efectos análogos á los del kirschen ó del ajeno.

El Magistral, como el pez en el agua, entre aquellas rosas que eran suyas y no del Ayuntamiento como las del *Paseo grande*, se recreaba en los ojos de las que ya los tenían transparentes de malicia; y, más sutilmente, encontraba placer en manosear cabellos de ángeles